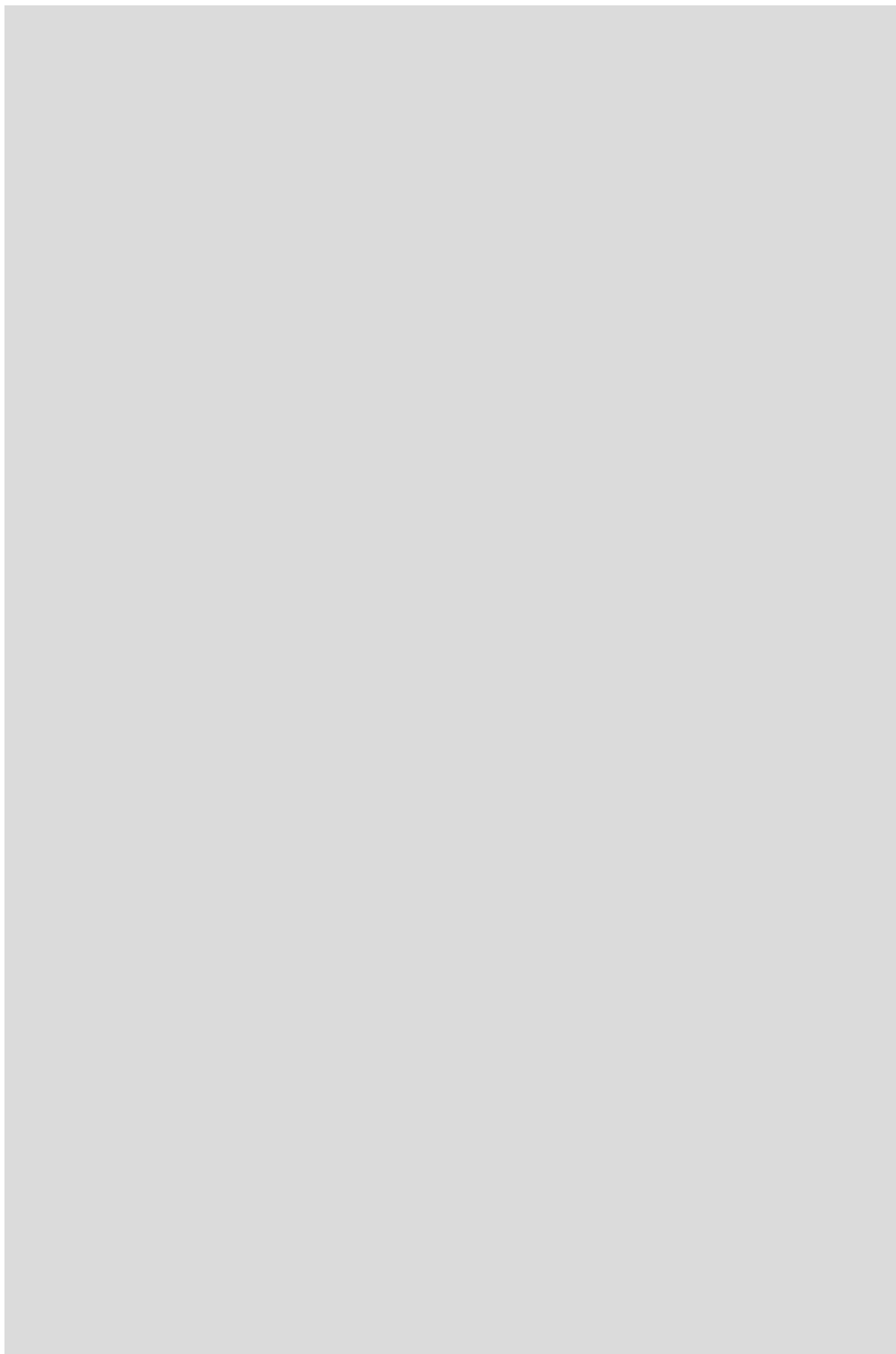


Alrededor de la tumba

Diego Gómez Tejedor



Capítulo 1

La llanura era un mar de hierba por el que caminaban espectros de niebla, que bailaban a la luz de los focos del coche. Hacía ya tiempo que se había desviado de la carretera para sumergirse en el alto verdor. Estaba muy lejos del pueblo del que traía la carretera y muy lejos del pueblo al que llevaba. Era una noche de viento negro y denso. Tras un minuto, decidió detener su Volkswagen escarabajo y bajarse. Tenía una extraña intuición, aquél era el lugar donde debía estar enterrado el cura.

Al salir, el frío inundó sus pulmones. No había luna ni estrellas, sólo niebla. Encendió la linterna y se aventuró a bucear en la insondable negrura. Cuanto más se alejaba del coche, más largos y gruesos eran los brazos de la bruma, que le abrazaban para atraerle hacia ella y perderle.

A Jorge le costaba respirar, era así desde que recibió la carta de María, la cual llevaba en un bolsillo de su chaqueta. Poco pudo ocupar su mente en esas preocupaciones, pues el resplandeciente ojo de su linterna encontró lo que había ido a buscar. María era una estatua repleta de tristeza y miedo, vestida con un gran y cálido abrigo marrón. A su lado estaba lo que parecía un gran agujero y un montón de tierra. Ella era lo único luminoso en aquella noche. Sus ojos azules le miraban, eran dos perlas negras rodeadas de zafiro líquido. Nada más verla se le heló la sangre, sabía lo que ella y la tumba significaban, pero avanzó hacia ellos con paso ligero. Tenía que enfrentarse a sus actos.

Ambos estaban ahora frente a la tumba, pero separados por ella. Hubo un silencio, sólo se oían los grillos y las hiervas acariciándose las unas a las otras. Aquel parecía el lugar más remoto del mundo. María ya no le miraba a él, sino al hoyo en la tierra. Al fijarse con mayor atención, se percató de que se había cavado solamente un metro, y que cuatro palas estaban colocadas junto al montón de tierra. Fue Jorge quien rompió el silencio.

- ¿Es este el lugar? ... ¿Aquí está enterrado?

María tardó en responder.

-Sí, es aquí.

Sabía que ella iba a decir eso desde mucho antes que formulara la pregunta, pero aún así se removió incómodo en su abrigo.

-No, no me lo puedo creer... Seguro que es otra de sus estúpidas estrategias de cura victimista  C mo te has enterado?  Me juras que es

verdad? ¿Me juras que esta muerto y enterrado aquí?

-El rostro de María adoptó una forma descorazonadora, las lágrimas dibujaban líneas de luz en sus mejillas.

-Sí, sí, te lo juro. A mediodía recibí una carta suya, lo contaba todo. Ya era demasiado tarde, ya había muerto. Supe que tenía que escribirte a ti.

-Dijo en un lastimero sollozo.

- ¿Por qué? ¿Por qué a mí?

-Porque tú has sido quien ha hecho que se suicidara.

La carroñera culpabilidad empezó a roerle la médula espinal. María era tan vulnerable en esos momentos, el dolor que experimentaba debía de ser horrible, y pese a ello no había insultado, culpado o pegado a Jorge. Era una buena cristiana, y una de las personas más cercanas, quizá incluso la más, al Padre Javier.

Jorge ya no podía aguantar más. Sin decir palabra se quitó sus guantes de cuero, guardándolos en los bolsillos del abrigo, y se despojó de este último, dejándolo caer sobre la hierba repleta de rocío. Acto seguido, cogió una pala y se metió en el hoyo. Puso la linterna en el suelo, colocándola de manera que iluminara el agujero, pese a en el proceso privar de luz todo lo demás.

- ¿Qué haces? -Preguntó María, cuyo blanco rostro se había vuelto rojo.

- No puedo contenerme más, tengo que ver si es verdad. Además, los que le han enterrado todavía no han terminado el trabajo, volverán y lo acabarán. -Le dio la espalda y se dispuso a cavar. María no objetó nada.

Al canto de los grillos se sumó ahora un nuevo instrumento: el irregular y suave sonido de la pala extirpando tierra de la miserable tumba. Ella estaba totalmente quieta, con el rostro congestionado, observando atenta en la oscuridad cómo Jorge cavaba. La tierra le quedaba a la altura de la cadera, de alguna manera eso le hacía sentirse vulnerable. Pasó poco tiempo hasta que el cansancio hizo meya en él. El sudor le empapaba ya la espalda. Su cuerpo emanaba una estela de vapor que se fundía con la densa bruma. Dejó de cavar por unos segundos para descansar.

-El padre Javier era muy buena persona. -Comenzó a decir María, con melancolía. - Un auténtico hombre de Dios. Era amable, bueno con la gente, con los pobres... Me ayudó mucho, fue gracias a él que volví a encontrar a Dios en mi vida. Él le dio un sentido. -Para Jorge escuchar aquello era extremadamente doloroso, pero tampoco podía decirle que callara. Se decidió por seguir cavando. -Era un auténtico hombre de Dios... Sin embargo, te odiaba. Después de que llegaras al pueblo y le quitaras

los terrenos para la nueva iglesia te cogió un odio inabarcable. Aunque los sacerdotes son hombre de dios, no dejan de ser hombres.

Jorge no podía seguir oyéndola, necesitaba huir de allí. Comenzó a cavar con mayor intensidad, pero ni su respiración ni los gritos de la tierra al ser herida podían frenar sus palabras.

-Es curioso, él juró que algún día te enterraría, que sería el cura de tu entierro; y ahora eres tú quien le va a desenterrar.

No. Era demasiado. Paró en seco, calvó en el suelo la pala y se tornó hacia ella, rabioso, pero en su interior dolido y vulnerable.

- ¡¿Y que querías que hiciera?! ¡¿Qué me dejara quitar los terrenos que eran míos herencia, por derecho?! ¿Para qué? ¿Para construir su estúpida iglesia?

María, conmovida ante su repentina reacción, contestó con la misma rabia.

- ¡Era más que una iglesia! ¡Era el sueño de su vida, el propósito que Dios le dio! -Le espetó con un grito agudo.

- ¿Y qué me iba a importar a mí? -Tenía las manos manchadas de sangre, pero ¿era culpa suya?

Hubo un silencio, parecía que hasta los propios grillos habían cesado de cantar. En aquella noche sólo existían ahora tres cosas: La silenciosa e interminable mirada que ellos compartían, la impenetrable niebla y la fangosa tumba. Las dos galaxias azules de María le observaban inalcanzables y severas desde el oscuro vacío, desde lo alto, fuera de la luz de la linterna.

Finalmente, recogió la pala y se volteó para seguir cavando, con enorme cansancio. María seguía mirándole, acusadora. Mientras Jorge cavaba, ella abrió un bolsillo de su abrigo y sacó un sobre, en su interior había una carta. Entonces, comenzó a torturar a Jorge con melancólicas pero tajantes palabras

- "Lo siento, María. De verdad que lo siento, pero he perdido toda esperanza, le he fallado a Dios. Nací en este pueblo, aquí crecí. Recuerdo a la perfección aquel día. Tenía 15 años. Fue el día que ardió la antiquísima iglesia. En el fuego perdí a mis padres y hermanas. Tras aquello, yo también quería arder en el fuego para encontrarme con ellos. Pero entonces comprendí lo que Dios quería de mí. Aquello fue obra del demonio, que atacó la casa de Dios y se llevó consigo a mi familia. Así que me hice cura, y tras 10 años volví. Y, como si fuera un milagro, nadie había construido una nueva iglesia. Era una auténtica señal de Dios.

Desde que murieron lo supe, tenía que construir una nueva iglesia, no en las cenizas de la nueva sino en un nuevo lugar. Me instale en la casa familiar, repleta dulces y dolorosos recuerdos. Hablé con los ciudadanos del pueblo que podían tener terrenos, pero todos excepto uno se negó. Fue la viuda López, como bien sabes. Aquella dulce y solitaria señora de 81 años, al borde del abismo de la muerte, me comprendió. Daba la casualidad de que dos años después del incendio compró los terrenos donde estaba la iglesia y lo convirtió en su segundo huerto. Vivía sola, su hijo se había ido a la ciudad y su marido había fallecido; no necesitaba aquel primer huerto. Decidió vendérmelo extremadamente barato. Aquella mujer se ganó el cielo. Acordamos que en cuanto el obispado diera luz verde al proyecto, me lo vendería.” -María hizo una pausa. Una muy larga pausa, como esperando a que Jorge dijera algo. Y él, irrefrenablemente, lo hizo.

-Esa parte ya la sé. Me la contó él mismo ¿Vale? Me la contó mil malditas veces, mientras me rogaba que se los vendiera. ¿Y a mí que me iban a importar sus traumas infantiles? ¿Es que eso le daba derecho a hacer lo que quisiera? - Jorge jadeaba, desenterrar era un trabajo agotador.

María no dijo nada, se limitó a dejar hablar a la carta.

-“Estuve dos años trabajando, empujando la iglesia para que saliera adelante. Me instalé en mi vieja casa familiar, inundada de cálidos y tristes recuerdos. Tuve que hablar con el obispado y convencerle, contratar a un arquitecto, planear la construcción, contratar a los técnicos... Gaste casi toda mi herencia y también fondos del obispado, pero me daba igual; por fin lo iba a conseguir, por fin, por fin, por fin, por fin.” -Jorge observaba cabizbajo e inmóvil la tierra que pisaba, el cadáver que pisaba. Era como si el fantasma del Padre Javier susurrara a través de la carta. -“Pero entonces él apareció. Fue el Satán quién hizo que viniera. El estúpido y egoísta hijo de la amable viuda. Un abogado, soltero, sin familia y sin escrúpulos. Ella murió y, como si fuera una bandada de moscas, apareció para cobrar su herencia. Ambos lloramos su amarga muerte. Pasaron dos semanas, la herida estaba comenzando a cicatrizar. Me pareció un buen momento para ponerle al tanto del proyecto que su madre y yo teníamos entre manos. Nada más terminar de contárselo, me dijo que lo sentía pero que se negaba. Yo no podía creerlo, era imposible que existiera alguien capaz de destruir el trabajo y los sueños de una persona con tanta apatía y naturalidad. Estuve un mes intentando convencerle, pero él se seguía negando. El obispado se impacientaba. Todo el pueblo se enteró y llegó a aborrecerle, pero a él le daba igual. Al final me di cuenta de que la única opción que me quedaba era comprar otro terreno, pero todos se negaban. Se compadecían de mí, pero no les merecía la pena verdeármelos y no tenían el corazón de la viuda. Finalmente, ocurrió lo peor: el obispado dijo que ya era suficiente; habían gastado mucho dinero en la construcción de la iglesia, y ahora que el proyecto estaba en seco, perdían dinero sin motivo. Me dijeron que

como todo estaba planeado para ser construido en el terreno de la viuda, la planificación para construirlo en otro sitio no sería más que un gasto enorme e innecesario. El único lugar en el que estaban dispuestos a edificarla era en el que se tenía planeado inicialmente. Hace cuatro días recibí una carta del propio obispo, diciendo que tenía una semana para convencer a Jorge López de que me vendiera los terrenos o sino la iglesia pasaba a estar muerta. Tuve que suplicarle por última vez, por última vez, que me ayudara. Pero él, estúpido y violento, tras una terrible discusión me echó de su casa y me dijo que no volviera jamás.” -Se puso a cavar de nuevo. Necesitaba cavar, y lo máximo posible; necesitaba oír el suave sonido de la tierra como vendaje y escudo a aquella carta. – “Ya lo he intentado todo, no puedo más. No puedo seguir viviendo así, sabiendo que he fracasado en todo, que le he fallado a Dios, que he perdido.” -Más rápido, más rápido. Más sonido, más sonido. No le importaba cansarse, necesitaba huir, fugarse, escaparse de aquella tumba, de los ojos de María, del fantasma del cura.

Y entonces se oyó un leve sonido seco. La pala generó un leve sonido seco. Y a Jorge no necesitó más que mirar con colosal cansancio, a través de la tenue luz de la linterna, para ver sepultada una superficie de madera. Había llegado. Ese era el ataúd del cura.

Un pánico sobrenatural le invadió. Quitó el resto de la tierra con su pala y sus manos mientras la sangre se le congelaba poco a poco. El ataúd ocupaba prácticamente todo el hoyo, tenía unos agujeros a los lados de la tapa para poder abrirse con facilidad y no le habían puesto calvos; se notaba que los que lo habían enterrado lo habían hecho de forma rápida y apresurada. Lo más extraño, es que encima de la tapa estaba colocada una pesada cruz de hierro, de manera que tenía que ser retirada para poder abrir el ataúd.

María parecía estar tan asustada como Jorge, se movía inquieta, pero sin desplazarse. Lo observaba todo, sin decir palabra.

Él hizo acopio de todo su valor y agarró con fuerza la cruz. Trató de levantarla; era más pesada de los que parecía, y sumado al cansancio hizo que le costara gran esfuerzo levantarla por encima de sus hombros y tirarla al suelo, que estaba a la altura de su cabeza. Al retirarla, se dio cuenta de que había una larga cuerda atada a un extremo lateral de la tapa. Sin duda estaba pensado como mecanismo para abrir el ataúd. Cogió la cuerda y salió costosamente y con torpeza del asfixiante agujero.

María estaba a su lado, tan pálida como un cadáver. Le miraba con un nerviosismo contagioso, colocando repetidamente sus ojos en él y luego en la tumba. Jorge tomó con una de sus sucias y mugrientas manos los limpios y suaves guantes de María. Y con una explosión de voluntad

sobrehumana, respiró y tiró con fuerza de la cuerda.

Oscuridad. El interior del ataúd era oscuridad. María le soltó la mano y un estruendoso jaleo de adrenalina estalló a su alrededor mientras recibía dos contundentes golpes en la nuca y la espalda. Calló a el tenebroso cajón de madera, y antes de que si quiera pudiera recuperarse del golpe y la caída, las fauces de la tapa se cernieron sobre él, encerrándole. Hacía frío, alguien en el exterior colocó la pesada cruz de metal encima, y él, con el descomunal peso del cansancio, trató de levantarla, pero no podía. El irregular y suave sonido de la pala volvía a sonar, pero ahora sobre su cabeza. Gritó. Gritó con todas sus fuerzas; suplicó, lloró, maldijo, pero el ataúd devoraba cualquier sonido, convirtiéndolo en un susurro. Aunque, en un momento dado, la pala cesó. Y tras un momento de silencio que sólo la noche puede brindar, aquella voz surgió.

- "Las puertas de la nueva ciudad se abren para ti. Y Dios, tu amigo, te salvará. Verás el nuevo día, el nuevo Sol; verás la nueva vida: resurrección; la gran noticia: Dios es amor, Dios es amor. Venimos en familia junto al altar; el pan que resucita Dios nos lo da; el pan de Vida nos mantendrá en su amistad."

Era la voz de Javier Allende, el cura.